

Pabellón de silencio, 2

Juan C. Pérez Gómez

Con zapatos deslumbrantes por la acción de la crema Lodix, acudió don Ramón a la cita anual. Era Septiembre, era San Miguel y muchos asistían atraídos por la "Charlotá" de El Bombero Torero y la banda de música de Catarroja "El Empastre". Entre juegos y risas, volteretas y pases, los niños perdían el miedo al toro, y los jóvenes aprendían a ponerse delante. Ajenos a la fiesta, don Ramón y yo hablamos largo y tendido de lo sucedido en nuestra Clínica. Tuve la impresión de que mi colega quiso lavar la suciedad de aquél experimento con sus lágrimas y después sacarle brillo con el paño de la pena.



Hoy, jubilados, distanciados por una extraña cercanía, me doy cuenta de la importancia de aquellos años. Mis recuerdos son tan claros como el agua. Ahora los días se suceden sin grandes novedades. Este mes está siendo especialmente lluvioso, días que no ayudan a que mi estado de ánimo sea sino gris. La gente enfundada en gabardinas, camina sujetando sus paraguas. Se respira humedad por cualquier rincón. Para animarme, la semana pasada subí a la heredad de don Ricardo. Reinaba allí una tranquilidad profunda y solemne. Dejé el coche a unos metros de la casa, debajo del techado que resguarda a los vehículos de la lluvia o del sol.

Allí, frente a frente, encontré una mujer cuya belleza parecía desafiar al tiempo. Se acercó sigilosamente. El ruido de sus pisadas era amortiguado por la mullida alfombra de la hojarasca. El corazón me latía a tal velocidad que lo podía escuchar perfectamente. Había algo en su rostro que me resultaba conocido. Tenía la vaga sensación de haberla visto antes. Pero su expresión era fría y rigurosa. Incapaces de mantener un diálogo, cerró los ojos, respiró el

olor acre de las hojas muertas y el aroma de la tierra húmeda y desapareció. Se esfumó.

-¡Venga ya! ¡Me estás tomando el pelo! _dijo don Ricardo cuando le comenté lo sucedido en el techado.

-Créeme, Ricardo. Era de una hermosura hipnótica.

-Miguel, no te adentres en regiones desconocidas, que te conozco.

La cabeza de don Ricardo intentaba procesar mi información. Llamó a Marta que andaba por la cocina preparando un café para preguntarle si había visto a alguien merodeando por allí.

-¿Por qué dices eso? _preguntó ella con extrañeza.

Temí decirle lo que presencié en el cobertizo, pero pensé que se merecía una explicación.

-No sigas Miguel, que me lo puedo imaginar. Has visto una mujer vagar por aquí ¿No es cierto?

-¿No serán imaginaciones vuestras? _presionó Ricardo.

-No, querido, desde hace un tiempo, tengo la impresión de que alguien nos observa. Y sé perfectamente que es una mujer.



-¿Entonces creéis que tenemos espíritus errando, tal vez buscando su camino? _insinuó frotándose el entrecejo como si quisiera frenar recuerdos de alguna época de su vida.

Un escalofrío recorrió la columna vertebral de Marta. Tembloroso, se levantó Ricardo de su butaca y comenzó a caminar haciendo comentarios que no llegué a comprender, pero cuyo significado podía intuir por el tono en que eran pronunciados. Marta sirvió el café en la mesa del porche que daba a la pinada.

-Ricardo, los cabellos grises son los archivos del pasado. En cuanto he visto a la mujer me he acordado de la indigente que vino a nuestra clínica a parir. Intuyo que es ella y quiero perderle el miedo aceptando la idea de que existe otro *plano de existencia* distinto al que conocemos.

Don Ricardo se sentó de nuevo con nosotros y ocultó la cara entre sus manos. Unas oscuras ojeras enmarcaban sus ojos.

-Imagino que tenéis recuerdos que no deseáis avivar _manifestó Marta, muy seria_. Aquellos fueron tiempos difíciles y los experimentos de aquél psiquiatra, no estoy capacitada para describirlos.



-De acuerdo, está bien, habéis visto a la mujer, y si yo os digo que he visto a su hijo, al niño, ¿me creeríais? Aquello me produjo *miedo* y ansiedad. No os podéis imaginar el sufrimiento tan grande que me causó no poder hacer nada por aquél pequeño. El instinto de asistencia jugó en mi contra, bloqueándome. No pude evitarlo. No sabéis de qué manera me afectó ver y reconocer a aquél niño. Faltaba lo de hoy.

Se detuvo y cogió aire.

-Miguel, quiero pedirte un favor.

-Tú dirás.

-Pero sonrío... después encontraremos el motivo, pero ahora sonrío _dijo_. Cuando vayas a la iglesia, si puedes, enciende una vela para aquella mujer y otra para su hijo. Se quedaron muy solos.

-Descuida, lo haré. Quizá algún día podamos saber si las dos partes de la imagen de aquél prolijo monitor, tan cruelmente separadas vuelven a juntarse _respondí con un gesto de la cabeza.

Ricardo se frotó la frente perplejo. Yo agaché la cabeza sintiéndome culpable por haber provocado aquella situación. Marta parpadeó con fuerza para que las lágrimas no rodaran por sus mejillas y apretó el brazo de su compañero.

-Dicen que una imagen vale más que mil palabras, pero un sentimiento, vale más que mil imágenes. Parece que los espíritus lo han elegido así y no se puede luchar contra su voluntad. Deben tener alguna razón. ¿Es posible que *seres de otras dimensiones* nos causen este sufrimiento? ¿Qué esconden estas apariciones? _comenté.

Como llovía a mares, quisieron que me quedara hasta el día siguiente. La acogedora casa era un lugar perfecto donde poder esconderse con los recuerdos. Don Ramón continuó diciendo que si nosotros sentíamos temor al

espectro de la mujer, a él le aterraba más el espectro de aquél niño que le removía por dentro, a pesar de que tenía un físico risueño y frágil.

-De esto hemos hablado muy poco o nada *_dijo Marta_,* pero si hay algo después de *esta vida,* por lógica, deben haber *espíritus de niños* perdidos o enganchados a *Nuestra Realidad,* lo que me resulta triste.

-El hecho es que *¡Están ahí, y nos sobrevivirán, nos guste o no!*

Pensé que el paraje de la sierra podría alejar a don Ramón de aquello y que le sería saludable. Pasaba muchas horas entre los pinos que siempre duermen a la espera del tímido saludo de la primavera.

-¿Ves aquella pinada? *_señaló al frente_.* Entre mi padre y mi tío Pepe, lo replantaron todo. Saberlo me complace y reconforta. Ellos, envejecieron y murieron, pero los árboles siguen ahí, rectos, mirando al cielo. A ti te parecerá una tontería, pero para mí significa mucho. Un día todos desapareceremos y no habrá quien les cuente a las siguientes generaciones la historia de estos pinos.

Marta intervino para anunciar que la cena estaría lista en unos minutos. De primero nos ofreció una rica sopa de ajo, asado y, de postre, natillas. Don Ricardo aprovechó para dejar claro que seguía llevando una espina clavada en el alma, y no era algo de lo que solía hablar. Después, decidió que necesitaba un café. Encendió un cigarrillo, inspiró profundamente y dijo:



-Soy muy afortunado de teneros aquí.

Cerró los ojos y sin evitarlo, su mente se desplazó a... la región etérea o de los espíritus. Cada segundo que pasaba veía con más claridad que don Ricardo estaba encontrado su sitio en el mundo. Le dejamos hablar...

-Tú *_dirigiéndose a mi_,* sabes de algunos experimentos, ensayos..., llámalo como quieras, que durante décadas realicé en Murcia; en cambio, jamás logré revivir ninguna experiencia como paciente. La duda me invadía muchas veces. Pensaba que los pacientes a los que les sometía a un estado profundo de relajación, lo que les ocurría era que, en ese estado, se desinhibían y me contaban historias producto de su imaginación. Por otro lado, pensaba que una persona se puede inventar una historia, pero ¿cómo se puede inventar un nacimiento en anoxia, llegando a somatizar una leve cianosis? y ¿cómo puede

empezar a toser de forma irritativa y continuada porque en ese momento tiene líquido amniótico o meconio en su garganta? o ¿cómo puede sentir frío, y tiritar como consecuencia de ello? Todo eso hacía tambalear mis preguntas, pero sucedió algo para eliminar mis dudas, y fue cuando empecé a corroborar mediante el testimonio de las madres aún vivas de aquellos pacientes, que lo que me habían contado sucedió durante su estancia en el vientre materno y en el nacimiento, llegando a transmitirme conversaciones textuales mantenidas por la pareja desde el inicio del embarazo o la actitud de los que habían estado presentes en el parto.



Don Ricardo apuró de un trago el coñac que acompañaba al café. Con los ojos entrecerrados y la voz pastosa por el efecto del alcohol, causante quizá de esta inesperada declaración, confesó:

-Descartar aquellas dudas me dio confianza para seguir aplicando mis terapias, gracias a la evidencia de hechos y acontecimientos sucedidos en una época en la que nadie es consciente de ellos.

Me quité las gafas y empecé a limpiar los cristales con la esquina de una servilleta. Los dedos de Marta tamborilearon sobre la mesa. Un rato después, ella dijo:

-Pienso que si no honramos a los muertos como se merecen, los espíritus nos atormentan.

-Honrarlos bien... ¿Pero cómo? _dijo Ricardo, sin mirarla, con un tono serio.

-A tu manera. Si quieres puedes rezar a tu Dios. Al fin y al cabo, Dios creó todo; también a los espíritus. Déjalo ir. Eso valdrá.

En la cara de don Ricardo se dibujó una expresión melancólica y taimada a la vez. Era un hombre capaz de pasar por alto las opiniones de los demás en honor de la verdad, por eso, intervine:

-Tenéis razón, cuando nos vamos de aquí, el alma sobrevive la muerte del cuerpo y pasa a un mundo mucho más cómodo. ¿Os acordáis de don Basilio?; él dijo una vez que para evitar que el alma de un cuerpo muerto se perdiera por el camino y vagara atormentada, era necesario realizar funerales y adoración a nuestros ancestros.

De pronto, los tres, pudimos identificar la energía transmitida por algún ser de luz que quiso hacerse presente. Era **una luz grande, brillante, pura, limpia**, con una claridad particular y nos dimos cuenta que se trataba de un ser de luz humano. Marta tuvo un presentimiento y se atrevió a verbalizar: "Puede usted pasar, la puerta está abierta". Sus nudillos estaban blancos por la fuerza con la que apretaba las manos.

Más allá del **mundo** en que nos encontramos, en el que nos relacionamos a diario, se encuentra un mundo diferente, donde **no hay límites de tiempo** o espacio, discordias, enfermedades, o problemas. Es de allí de donde venía este ser de *luz*; esta mujer. La que vi junto al cobertizo.



Don Ricardo se llevó tal susto que optó por darse la vuelta, pero la voz de aquella mujer dijo:

-A muchas personas no les gusta que hayan seres en un **nivel superior**, pero lo cierto es que es realidad. Fui como vosotros, un ser humano y os entiendo perfectamente.

Se produjo un incómodo silencio.

(*Continúa*)